

profanosygrafiteros



Leonora Carrington, la última surrealista

Entrevista con Pablo Weisz Carrington

Miguel Ángel Flores Vilchis

PABLO WEISZ CARRINGTON ES UN HOMBRE GENEROSO. Heredó de su madre el gusto por la tertulia donde se comparten el pan y la sal con los amigos. Hoy preside la mesa que antes vio reunirse a Kati y José Horna, a Remedios Varo y Benjamin Péret. Allí, en la casa con el número 194 de la calle Chihuahua, en la colonia Roma, ofrece precisas pinceladas para el retrato de Leonora, la desposada del viento, la última surrealista, a cien años de su nacimiento.

“Nunca más oscurezcas el atrio de esta casa”, fueron las últimas palabras que la veinteañera Leonora Carrington escuchó de su padre, Harold Carrington. Él, un exitoso empresario conservador, anhelaba casarla con un miembro de la alta sociedad británica, “pero mi madre ya traía la pintura en la sangre”, ataja Pablo Weisz. Los cuentos y las leyendas celtas que Leonora había escuchado durante sus primeros años de vida en boca de su madre, su nana y una tía abuela con vocación de monja —las tres irlandesas— habían puesto la semilla de la desbordante imaginación de la futura pintora surrealista.

“Mi abuela me enseñó los primeros dibujos que hizo mi mamá, eran trabajos extraordinarios hechos por una niña de apenas cuatro años. Tenía desde entonces una gran habilidad. Con una composición exquisita y unos colores mágicos”. Hubo numerosos intentos por

educarla conforme al canon de la época. Sin embargo “mi madre era un poco salvaje, eso al papá le atemorizaba”.

Por el contrario, la madre de Leonora, Maureen Moorhead, era una mujer sencilla que supo comprender y encausar los deseos de su hija. “Le compró una caja de acuarelas, pinturas al óleo y demás materiales con los que hizo sus primeros dibujos”. Más tarde, la acercó a la academia de Amédée Ozenfant, en Londres, donde una joven Leonora Carrington accedió a una educación formal en pintura. La batuta del cubista francés se distinguía por métodos de enseñanza vanguardistas y por su rigurosa disciplina, una especie de “fascismo pictórico”, señala entre risas Pablo Weisz.

Fue Maureen quien en una navidad obsequió a Leonora el libro *Surrealism*, de Herbert Read. En él se encontraba *Deux enfants menacés par un rossignol*, obra de Max Ernst. “Entonces halló lo que tanto había buscado; no deseaba ir al baile mayor del rey, le incomodaba estar en un vestido donde no se podía respirar”. Paradójicamente, amigos de su padre la pusieron en contacto con integrantes del grupo surrealista: “quedó fulminada por Max Ernst, por su obra, por su personalidad como ideólogo e ideógrafo del surrealismo”. El efecto fue mutuo. Harold Carrington no aprobó la relación. El pintor alemán era veintisiete años mayor que Leonora y había estado casado un par de veces.

“Nunca más oscurezcas el atrio de esta casa”, fueron las últimas palabras que Leonora Carrington escuchó de su padre, un día de 1937 que decidió partir a París para desarrollarse como pintora y vivir junto a Max. Harold Carrington murió poco después de concluida la Segunda Guerra Mundial.

“En Francia tuvo lo que ella me describió como el mejor tiempo de su vida —rememora Pablo—. Max Ernst era un inventor sobresaliente, creó el *collage*, el *frottage* y otras técnicas; le enseñó a mi madre todos estos procesos. Se amaban y se influenciaban uno al otro: Leonora hacía estos dibujos magníficos de caballos y Max empezó a pintar caballos; él recurría constantemente a representación de pájaros y Leonora también realizó pájaros”.

Desde muy niña montó a caballo, la casa de Lancashire contaba con caballerizas y un bosque en sus alrededores. Pablo revela que hay

fotos de ella, a los nueve años aproximadamente, practicando salto ecuestre. Su identificación con estos animales era tal que al cabalgar “eran un mismo ser”.

Le hubiera encantado tener un caballo en la casa de la calle Chihuahua. Pero su hijo no está seguro de que a los vecinos de la segunda mitad del siglo xx en la colonia Roma les agradara ver un equino sobre la avenida Álvaro Obregón.

Leonora y Max vivieron en París y en Saint-Martin d’Ardèche. Allí adquirieron una propiedad que fungió como un idílico refugio surrealista: cumplía las funciones de hogar y de taller, y era en sí misma una intervención artística. Pero hasta los escenarios que parecen estar “sobre la realidad” son alcanzados por la guerra.

Alemania invadió Francia y Max fue llevado a campos de concentración en dos ocasiones. En medio de un colapso nervioso, Leonora buscó amparo en América. Renato Leduc, por entonces diplomático, facilitó su salida de Europa hacia Nueva York. Para 1942, la pintora inglesa llegó a México. Ya nunca se fue, vivió en este país casi siete décadas.

Leonora “no hubiera alcanzado el nivel de artista internacional sin México”, afirma Pablo Weisz. Dos son los argumentos que lo llevan a esta conclusión: el primero radica en que “el matrimonio entre la cultura precolombina y la cultura española ofrece muchos atractivos para alguien que está haciendo trabajo de imaginación. A pesar de que en Inglaterra y en Irlanda sobran los duendes, los magos, las brujas, las hadas, en el México antiguo todo es mágico, hay una serpiente con plumas, por ejemplo”. El segundo refiere que aquí encontró “el reconocimiento, el apoyo emocional y psíquico indispensable para cualquier artista, una especie de alimento para el alma”.

Gracias a esto fue una de las primeras pintoras profesionales de Inglaterra y de las mejores, si no es que la más importante, considera Pablo. “No era sólo una artista extraordinaria, sino una mujer artista extraordinaria”. Tampoco lo hubiera conseguido sin el carácter indómito que tanto se le admiró.

Los primeros días en México le resultaron fascinantes y terroríficos a un tiempo. Los colores y las formas presentes en esta nación eran cautivadores y sugerentes, pero le atemorizaba no conocer el idioma, ni las prácticas de interacción de sus habitantes. De a poco se

hizo de un círculo amigos, muchos de ellos también surrealistas exiliados, incluyendo a André Breton. Kati y José Horna, Remedios Varo y Benjamín Péret se volvieron las compañías más habituales.

A Remedios y a Leonora las unía el buen sentido del humor. Sus salidas las ocupaban para fumarse un cigarro, tomarse un café o un tequila y reírse. Siempre se las vio muy animadas, detalla Pablo. “Mucha gente tiene la equívoca concepción de que Remedios influenció a mi mamá, pero fue al revés. Ella se volvió surrealista hasta que conoció a Leonora. Tengo una acuarela (de un periodo previo al descrito) donde el trabajo de Remedios es abstracto. Lo que si no está en duda es que las dos eran muy dotadas, muy talentosas”.

Igualmente, la cocina era primordial para reunirse con amigos y fumar. La autora de *Baño de pájaros* cocinaba de maravilla. Aprendió de los franceses el estilo Escoffier, pero desafortunadamente Max le ponía mayonesa a todo lo que preparaba.

“Lo más relevante [de la obra de Leonora Carrington] fue su contribución plástica en la pintura, más allá de la literatura, la escultura, el teatro, y otras expresiones”, considera Pablo. La recuerda en el estudio del segundo piso de la casa de la Roma, frente al caballete. Colocando una capa de *gesso* sobre la tela, dejándola secar y lijándola; repitiendo el proceso al menos tres veces. Luego trazaba a lápiz las figuras y les aplicaba unas sombras en verde y terracota para darles un sólido realce. Con ayuda del tiento se daba a la tarea de precisar sus rasgos. Era un proceso largo, muy técnico y delicado.

De esta evocación, Pablo extrae la génesis de su propia pintura. Me dije: “yo también quiero hacer esto. Es un proceso mágico, emocionalmente es extraordinario”. Empezó a pintar a los seis o siete años. “Cuando le pedía a mamá aprender, paraba de trabajar y me enseñaba, por ejemplo, la noción de perspectiva”.

“Mami, ¿cómo está quedando? ‘No, yo no doy opiniones’”. Era muy frustrante (entre risas). Y otra vez a la tela en blanco. “No sabes cómo la añoro”.

Hoy, las pinturas de Leonora Carrington se exhiben escasamente en México. El Museo de Arte Moderno tiene sólo dos cuadros a pesar de la trascendencia de la artista y de la larga estancia que tuvo en nuestro

país. “Me propuse gestionar espacios para mostrar la obra de mi madre al público extenso”, manifiesta Pablo Weisz.

Lo que está a punto de concretarse, en parte, por la iniciativa surgida de un periodo difícil para la familia Weisz Carrington: cuatro años antes de la muerte de Leonora, Pablo la convenció de seguir trabajando, ya que si una enfermedad grave se presentaba, no se contaba con los recursos económicos para encararla.

“Fue una etapa muy dura y muy triste. ‘Vamos a hacer una colección que sea exclusiva por si algo te pasa y necesitas un hospital’, le sugerí. Se puso a trabajar en varias series de esculturas que se venderían para cubrir los gastos médicos”.

“Por desgracia, mamá sólo duro diez días en el hospital y murió (el 25 de mayo de 2011). Entonces pensé que esas esculturas debían ser parte del museo que siempre debió tener”.

La casa de la Roma fue heredada a Pablo junto a cuatro piezas de cada una de esas últimas series. “Haremos un museo allí con dos piezas de cada serie que fueron donadas a la UAM; así habrá un acervo —por lo menos de escultura de Leonora Carrington— que pueda ser mostrado y se constituya en un tesoro de México. Que esté al alcance de todos, principalmente de los jóvenes artistas”.

En un momento de crisis mundial por migraciones forzadas y de sentimientos exacerbados de xenofobia, se le pregunta a Pablo —cuyo padre, el fotógrafo Emerico *Chiki* Weisz también fue víctima de los horrores de la guerra y de la persecución antisemita— ¿qué papel juegan los procesos de migración en el desarrollo de las corrientes artísticas? “La migración europea, a raíz de la Segunda Guerra Mundial, le dio a México muchos intelectuales y artistas excepcionales. México les dio la bienvenida, es un país increíblemente hospitalario. Es muy importante en el arte que la gente venga con nuevas ideas y obtenga otras, igual de novedosas, del país que lo hospeda. Ambas partes se benefician”.

Dado que sus padres, ella inglesa y él polaco, se conocieron en nuestra nación, el hijo de la última surrealista expresa el legado de la migración: “Sin México no hubiera habido Pablo Weisz Carrington”. 